

te, el que prometía destruir el templo y reedificarlo no mostraba ser un impío ni un enemigo del templo: por esto los jueces de esta asamblea no hicieron uso alguno de esta deposición delante de Pilato, no pudiendo con ella agravar al acusado; pero la hicieron valer para con el pueblo hasta echarla en cara á Jesucristo cuando estaba sobre la cruz. ¡Oh qué enormidad, qué malignidad se encuentra en todo esto! Pero admiremos aquí las disposiciones de la Providencia, y como esta predicción del Salvador hecha en la primera Pascua de su predicación dos años antes se le opone ahora en la última por los mismos que la ejecutan. Admiremos como esta predicción sirve ella misma á su ejecución, y viene á ser el motivo y el medio para ella. ¡Oh profundidad admirable de los caminos de Dios! ¡Oh, y cuán limitadas son las miras de los hombres! Los malvados con su malicia misma concurren á los designios de Dios. Los judíos cumplen la predicción de Jesucristo, de que ellos le forman un delito, la cumplen en aquello mismo que le hacen el delito.

3.º *Del silencio de Jesucristo...* «Y alzándose en medio el sumo sacerdote (Caifás), preguntó á Jesús diciendo: ¿No respondes tú «nada á las cosas que te oponen estos? Pero él callaba, y nada respondió...» No respondió palabra á los falsos testimonios: no respondió palabra al mismo sumo sacerdote. Jesús observa un silencio profundo, universal y constante... ¡Oh Sabiduría eterna! Vos, que poco tiempo há hablásteis con tanta dulzura y fuerza, ¿por qué ahora calláis cuando contra Vos se levantan falsos testimonios; cuando el sumo sacerdote, olvidado de la formalidad y circunspección propias de su estado, se levanta de su puesto, se adelanta como un furioso, y viene á preguntaros él mismo sobre las razones de vuestro silencio? Pero en esto y en todo lo restante Vos cumplís las profecías que os comparan al cordero mudo delante de aquel que lo trasquila¹; y vuestra sabiduría no menos resplandece en vuestro silencio que en vuestras palabras. De hecho, ¿y por qué habeis de hablar Vos cuando vuestros acusadores se contradicen ellos mismos, y hacen deposiciones falsas y frívolas, cuando vuestros jueces ni siquiera piensan en esconder su audacia, su furor, su injusticia? ¡Ay de mí! ¡Cuán poco os imito! ¿No son estas por ventura las ocasiones en que me creo yo con derecho de alzar la voz, y de dar mis quejas á toda la tierra?... ¿Por qué os habeis de justificar Vos cuando estais hecho cargo de expiar nuestras falsas justificaciones, y los verdaderos delitos de que nos acusa la justicia de Dios vuestro Pa-

¹ Isai. LIII, 37.

dre?... ¡Entiendo muy mal mis intereses cuando no imito vuestro silencio! Sufriendo sin justificarme las falsas acusaciones de los hombres, expiaría por vuestros méritos las enormes y verdaderas que contra mí deponen mis muchos pecados... ¿Por qué os habeis de lamentar Vos de la injusticia que se os hace, cuando sabeis bien la justicia que os hará Dios vuestro Padre, y la gloria con que coronará vuestro silencio, constituyéndoos juez de todos los hombres? ¡Ah! poco me importarian los juicios de los hombres si pensase que sus injusticias sufridas en silencio serian para mí en vuestro juicio un manantial de felicidad y de gloria.

Petición y coloquio.

Concededme, ó Salvador mio, el imitar vuestro ejemplo. Léjos de mí aquella máxima tan contraria á vuestro espíritu; esto es, que conviene necesariamente lavar las injurias con la venganza. ¡Oh, y cuán noble es vuestro silencio, cuán elocuente! Tantos oráculos salidos de vuestra sagrada boca, tantos milagros obrados cuando mandásteis á los vientos, al mar, á los demonios, á las enfermedades y á la muerte, no han probado tan sensiblemente vuestra divinidad, como lo hace ahora vuestra heroica paciencia: hacedme, ó Jesús, imitador fiel de ella. Amen.

MEDITACION CCCXIII.

CONTINUACION Y FIN DEL PRIMER CONSEJO DE LOS JUDÍOS, TENIDO EN AQUELLA NOCHE EN QUE JESÚS COMPARECE, Y ES JUZGADO REO DE MUERTE.

(Math. xxvi, 63-66; Marc. xiv, 61-64).

SEGUNDO EXÁMEN.

Consideremos: 1.º el precepto que el sumo sacerdote impuso á Jesús; 2.º la respuesta; 3.º las razones de esta respuesta; 4.º los efectos que tuvo esta misma respuesta.

PUNTO I.

Precepto del sumo sacerdote.

«Y el príncipe de los sacerdotes... de nuevo le preguntó, y le «dijo... Te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, «el Hijo de Dios... bendito...»

1.º *Precepto ilusorio...* Ya habia mucho tiempo que Jesucristo se decia el Mesías y el Hijo de Dios, y que por medio de sus obras pro-

baba serlo... Si la pregunta hubiese sido sincera debiera habérsela hecho á Jesús cón respeto, y no teniéndolo cargado de cadenas.

2.º *Precepto lleno de hipocresía...* El hipócrita afecta el lenguaje de la religion y de la piedad, y se burla de la una y de la otra. Emplea el nombre adorable de Dios solo para cubrir su malicia, y perder mas seguramente al justo que ha venido á ser el objeto de su odio.

3.º *Precepto lleno de malicia...* No habiendo podido sacar de los falsos testigos materia alguna de acusacion contra él, procuran los maliciosos sacarla de su propia boca: es una red que le ponen; pero cuando creerán que lo han cogido en ella, se hallarán cogidos ellos mismos, pues la confesion que Jesucristo va á hacer, y que será en sus manos el motivo de su muerte, será para todos los siglos venideros la prueba de su divinidad, los convencerá del deicidio, y los cubrirá de un oprobio sempiterno.

PUNTO II.

Respuesta de Jesucristo.

« Jesús le dice: Tú lo has dicho: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra de la majestad de Dios, y venir sobre las «nubes del cielo...»

1.º *Respuesta piadosa y generosa...* Así se debe responder cuando se trata de la fe. El que no habla claramente cuando es preguntado sobre la fe, le hace traicion. Sabia muy bien Jesús el uso que se haria de su respuesta, y que su muerte seria el precio; pero la fe se debe confesar á riesgo de la propia vida.

2.º *Respuesta llena y abundante...* Jesús muestra en su persona el Cristo todo entero, como si les dijese: Vosotros no conoceis el Cristo sino por medio de la gloria en que los Profetas han dicho que vendria, y vosotros no quereis reconocerlo en las obras de bondad y de misericordia que él ejercía, bien que sean milagrosas. Menos aun quereis reconocerlo en las humillaciones y en los sufrimientos que de él se han profetizado. Ahora pues: Yo soy el Cristo á quien convienen estas dos suertes de profecías. Estos dos caractéres del Mesías parecen opuestos solamente á los que no distinguen los tiempos. Vosotros habeis visto mis milagros; vosotros veis y estais para acabar de cumplir mis humillaciones. Vosotros preguntais dónde está la gloria de mi reino, y porque no la veis, no quereis creer en mí; pero no obstante que yo esté entre cadenas, y vosotros en la in-

credulidad, os declaro que despues de no haberme querido reconocer, y despues de haberme ultrajado y entregado á la muerte, vosotros me veréis en el esplendor de mi gloria, y de una gloria divina, celestial, y que nada tendrá de la terrena, que sola hace el objeto de vuestra estima y de vuestra admiracion.

3.º *Respuesta simple y modesta...* Jesús lo dijo todo en pocas palabras, pero sin sacar alguna consecuencia, sin hacer aplicaciones, sin reprensiones ni amenazas. Porque habria podido decir: Ahora me juzgais vosotros porque yo quiero; pero yo os juzgaré á mi tiempo, por mas que vosotros no querais: vosotros me condenais, por mas que me hallais del todo inocente; y yo os condenaré despues de haber manifestado á todo el mundo todos los delitos de que estais culpados: vosotros me condenais á una muerte pasajera, de que sabré yo muy bien salirme; y yo os condenaré á una muerte eterna, de la que ninguno podrá libraros. ¡Qué nobleza, qué dignidad en estas breves y simples palabras de que el Salvador se sirve para declarar tan grandes cosas!

PUNTO III.

Razones de la respuesta de Jesucristo.

Tres podemos considerar nosotros... 1.ª *La primera tomada de parte de Dios y del respeto debido á su santo nombre...* Los judíos aborrecian la luz; solamente la buscaban para apagarla, y por eso no merecian que se les presentase; pero la interposicion del santo nombre de Dios, bien que hecha por un impío, y que de ella abusa para ejecutar su delito, y hacer morir al Hijo único de aquel que él finge querer honrar, es una razon que hace romper á este Hijo adorable su sábio y largo silencio. Él solo conoce como conviene el Dios vivo por el cual es conjurado: él solo puede darle dignos homenajes y las justas bendiciones y alabanzas que le son debidas, y de él solo recibe el Dios vivo las bendiciones de todas las criaturas... Os adoro, ó gran Dios, os alabo, os bendigo, os doy infinitas gracias, y os presento mis votos y mis súplicas por medio de Nuestro Señor Jesucristo vuestro Hijo, que vive y reina con Vos por todos los siglos de los siglos.

2.ª *La segunda tomada de parte de Jesús y de la gloria que hay en confesar su nombre...* Confesar el nombre de Jesús y su divinidad, y dar la propia vida en testimonio de esta verdad, es la cosa mas grande que puede haber en este mundo; y Jesucristo mismo no ha

querido privarse de esta gloria. Ha querido ser la cabeza de los Mártires, darles el ejemplo, inspirarnos á nosotros todo el deseo de participar de una tan grande felicidad, y ponernos en disposicion, si acaso se presenta la ocasion, de sufrir y morir por su causa.

3.^a *La tercera de parte nuestra y del amor que Jesucristo nos tiene...* Si la respuesta de Jesucristo debia servir de pretexto á los juicios para hacerlo morir, debia tambien ser un manantial de vida para muchos cristianos... Con que aun por mí, ó Jesús, habeis dado una respuesta tan precisa sobre vuestra divinidad, y una declaracion tan formal de la majestad y de la potencia con que vendréis á juzgar el universo. Creo, ó Salvador mio, todo lo que ahora habeis declarado; adoro vuestras humillaciones, y espero el dia de vuestra gloria: ¡ah! no me pongais en aquel dia terrible en el número de vuestros enemigos, sino venid á mí como á un siervo fiel que os ha amado, y que está resuelto á amaros siempre.

PUNTO IV.

Efectos de la respuesta de Jesucristo.

1.^o *El primero fue la indignacion del pontífice...* La manifestó rasgando sus vestidos... «Entonces el príncipe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras...» Esta accion era indecente en un sumo pontífice, y en medio de una asamblea semejante ella indicaba una passion perversa y un exceso de furor: era sediciosa, y se enderezaba solo á inspirar al Consejo el furor mismo que á él lo arrebatava: era una accion hipócrita, porque bajo de esta señal de una religiosa indignacion escondia el gozo que experimentaba por haber hallado en la respuesta de Jesucristo un pretexto para hacerlo morir: era una accion misteriosa y profética, porque contenia un misterio que él mismo no conocia, como el sentido de la profecía que habia pronunciado pocos dias antes para la salvacion del universo... Rasgatus hábitos, indigno pontífice; no se pasará este dia sin que se rasgue el velo del templo, en señal lo uno y lo otro de que el sacerdocio de Aaron y los sacrificios de la ley de Moisés son abolidos para dar lugar al sacerdocio real y eterno del verdadero Melquisedec¹, y á la hostia sin mancha que estais para inmolar, y que en adelante será ofrecida á Dios, no en un solo templo, sino en todos los lugares de la tierra, hasta el fin de los siglos².

2.^o *El segundo fue la decision del pontífice...* «Entonces el prínci-

¹ Psalm. cix, 4. — ² Malach. i, 11.

«pe de los sacerdotes rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado, ¿qué necesidad tenemos ya de testigos?...» Decision absurda cuanto á la primera parte que mira á Jesús. La cuestion es el saber si Jesús es el Mesías: se le pregunta si es él; responde que sí: ¿dónde está, pues, aquí la blasfemia? ¿Debe acaso el verdadero Mesías negar el serlo? Saber si Jesús lo es, despues que él lo ha declarado, es, si no se le quiere dar fe, una cuestion que queda que examinar; pero esto es lo que no se hace, y ella queda decidida á los ojos de su misma equidad... La decision del pontífice, cuanto á la segunda parte, es convincente contra él mismo, porque si despues de la confesion de Jesucristo no son ya necesarios testigos, luego eran necesarios aun despues de aquellos que habian hablado; despues de aquellos cuyo testimonio era tan aplaudido y acreditado, y á que pretendian que el Salvador respondiese. Hé aquí como todos los tribunales que han condenado á Jesucristo han dado testimonio de su inocencia... Así lo habeis ordenado, ó Señor, mucho menos por vuestra gloria que por nuestra consolacion. Jesús ha procurado á la Iglesia su esposa la misma gloria, porque los herejes y los novatores que mas han blasfemado contra ella todos han comenzado por reconocer su autoridad y la de su cabeza, por tenerle respeto, y por someterse á sus decisiones.

3.^o *El tercero fue la unanimidad de los votos para la muerte...* «Hé aquí habeis oido ahora la blasfemia...» «¿Qué os parece? Y ellos respondieron: Es reo de muerte...» Ninguna cosa era mas irregular que pedir de esta manera los votos públicamente y en general, y sobre un objeto de que no se trataba. Todo el mundo sabe muy bien que un blasfemo, segun la ley, merece la muerte. Era necesario preguntar á cada uno de los jueces su parecer sobre la respuesta del acusado. Era necesario preguntarles, sin prevenirlos, qué es lo que sobre esto pensaban. Si hubiesen sido jueces justos habrian debido reclamar sobre una manera de proceder tan inaudita. Pero ya habia mucho tiempo que los que tenian alguna rectitud, como Nicodemus y algunos otros, no asistian jamás al Consejo; y los que iban eran todos adictos al pontífice y corrompidos como él.

Peticion y coloquio.

Hé aquí, ó Salvador mio, que finalmente estais juzgado reo de muerte por el Consejo de vuestra nacion, y renunciado ya de vuestro propio pueblo. Lo habian predicho los Profetas, y parecia incomprendible; pero hé aquí que se ha cumplido. ¡Oh Jesús, cuáles



fueron vuestros sentimientos cuando oísteis esta unanimidad de votos que os condenaban á muerte! Vos la aceptásteis con júbilo, guardásteis silencio, y os ofrecísteis á vuestro eterno Padre por amor nuestro. ¡Oh y cuál debe ser mi reconocimiento para con Vos! Yo sí que era digno de muerte; pero mi muerte no era digna de ser ofrecida á vuestro Padre y de calmar su justa cólera. Aplicadme, ó Jesús, los méritos de vuestra pasión y de vuestra muerte... Amen.

MEDITACION CCCXIV.

JESÚS ES ULTRAJADO EN CASA DE CAIFÁS.

(Matth. xxvi, 67-68; Marc. xiv, 65; Luc. xxii, 63-65).

1.º Le escupen en la cara; 2.º lo hieren y dan de bofetadas; 3.º le vendan los ojos; 4.º se burlan del nombre de Cristo; 5.º manera de mostrar á Jesucristo nuestro reconocimiento por los ultrajes á que se ha expuesto por nosotros.

PUNTO I.

Le escupen en la cara.

«Entonces le escupieron en la cara...» Cuando el Consejo hubo juzgado que Jesús merecía la muerte, los jueces se retiraron para tomar alguna hora de reposo, y quedó establecido el volver á la asamblea al despuntar el día. Entonces fue Jesús abandonado á la discrecion de sus guardias, de los soldados y de los criados, y se entregó él mismo á todos los ultrajes que quisieron hacerle... El primero fue de escupirle en la cara. Este es el mas indigno tratamiento que se puede hacer á un hombre, y la señal mayor de desprecio que pueda darse. Se puede hallar alguno que trate á otro con semejante indignidad; pero no se ha visto jamás un reo, sea el que se fuese, un malhechor el mas detestable, cercado de personas ocupadas en escupirle á la cara, y hacer un juego de semejante insulto. Solo al Rey de la gloria estaba reservado este ultraje. Lo habia anunciado el profeta Isaías¹, y Jesucristo mismo habia notado esta circunstancia cuando predijo su pasión². ¿Quién jamás puede imaginarse, no solo cuál desprecio, sino tambien cuál horror y cuál suplicio contenga semejante tratamiento? Ninguno ha tenido valor para explicarlo, y solo el pensamiento de lo que debió suceder revuelve el estómago. Pero lo que no se puede comprender es, que Dios haya querido humillar á su Hijo, y que el Hijo haya querido él mismo

¹ Isai. l, 6. — ² Marc. x, 34; Luc. xxviii, 31, 32.

ser humillado hasta un exceso que irrita, no solo la delicadeza, sino tambien la naturaleza, y casi diré tambien que la razon misma. ¿Queremos nosotros conocer la causa? Jesús se ha encargado de satisfacer por nosotros á la Justicia divina, y este exceso de humillacion no se ha juzgado excesivamente grande para expiar nuestro orgullo, que nos ha hecho ofender á Dios, quebrantar su ley, razonar de Dios, juzgarlo y condenar sus caminos. Ceniza y polvo que somos, si Jesús no se hubiese ofrecido á padecer por nosotros estas extrañas humillaciones, nuestro orgullo, como el de los demonjos, hubiera sido castigado con una universal confusion y con un eterno oprobio. Comprendamos el precio de estas humillaciones; el reconocimiento que debemos tener para con él que por nosotros las sufre, y cuánto debemos desear tener parte con él, para expiar mediante sus méritos el pecado enorme de nuestro orgullo.

PUNTO II.

Lo hieren y le dan de bofetadas.

«Y los que tenian atado á Jesús lo despreciaban... y le daban golpes... y le daban con los puños, y otros le daban bofetadas...» Nosotros quedamos, y con razon, sorprendidos de la primera bofetada que recibió Jesús en plena audiencia: ¿qué dirémos, pues, en este instante viéndolo entre las manos de aquellos hombres viles y despreciables que tienen por un juego bárbaro y por un divertimento cruel el maltratarlo, el ultrajarlo, cargándole de golpes y de bofetadas? Le dan golpes por todas partes, por todos los lados; sobre el cuerpo, sobre la cabeza, y en el rostro... Cada uno se gloria de los golpes y de las bofetadas que le da. Los unos le dan con los puños, otros con los piés; todos lo oprimen de injurias: es empujado de una parte, reempujado de otra, y los crueles ministros están jugando bárbaramente con él: se oyen horrendos silbidos, lo burlan, lo ultrajan, lo tratan finalmente como jamás se ha tratado al hombre mas despreciable y al mas reo: ni á esta insolente soldadesca la contienen un punto los oficiales, ni los criados de sus señores, no: todo va de acuerdo, todo conspira contra Jesús... Su paciencia irrita las bestias feroces que lo atormentan, su dulzura los exaspera mas, su silencio excita su rabia; redoblan los golpes, renuevan los ultrajes, y no cesará este inhumano espectáculo sino con la noche... Señor, ¿habeis por ventura puesto totalmente en olvido vuestra gloria? ¿En qué estado os veo yo? ¿Qué es lo que

quereis que se piense de Vos? ¿Qué pensarán las generaciones venideras cuando sepan en qué manera habeis sido tratado, sin que hayais abierto la boca para justificaros ó para lamentaros? ¡Oh Majestad suprema! Es necesario decir que sea al sumo pura, celestial y divina vuestra gloria para no ser aniquilada, para no ser ofuscada con tantos ultrajes, para salir antes bien mas resplandeciente, mas adorable, mas amable... Sí, el universo lo ha sabido, ha sabido á qué humillaciones os habeis reducido, y nosotros sabemos que os habeis reducido á ellas por vuestra eleccion, por nuestro amor, para expiar nuestro orgullo, nuestras quejas, nuestros injustos lamentos, para fortificar nuestra debilidad, para hacernos invencibles y capaces de soportar todas las cosas por amor vuestro, y finalmente, para hacernos participantes de aquella gloria inmortal con que vuestro Padre os corona, y Vos dividís con vuestros fieles siervos á proporcion que ellos han tenido mayor parte en vuestras humillaciones, y las han soportado con una paciencia, con un silencio y con una interna humildad mas conforme á la vuestra.

PUNTO III.

Le vendan los ojos.

«Y le vendaron los ojos...» Los ultrajes que aquí se hacen al Salvador son todos igualmente horribles é inauditos. Esto se ve claramente expreso en Isaías¹, en aquel paso en que el Profeta nos pinta al Salvador cual nosotros lo vemos aquí, ajado de golpes, y tratado como el último de los hombres. Véndanse los ojos á un reo en ciertas circunstancias por principio de humanidad y por ocultarle la vista del suplicio; pero vendárselos por mofa, por burla, por insulto, por hacer de él objeto de risadas, para herirlo, golpearlo y maltratarlo mas á su gusto y con mas desacato, este exceso estaba reservado para el Santo de los Santos, para aquel que habia venido á expiar los ultrajes que nosotros hacemos á la Majestad divina. Esta venda con que los judíos cubren los ojos del Salvador y del Juez soberano de los hombres es la imágen de la impiedad de los idólatras, los cuales, en vez de un Dios vivo y que ve, se han fabricado Dioses que tienen ojos y no ven: es la imágen de la impiedad de los ateístas y deístas, que no quieren un Dios, ó quieren un Dios ciego, ó un Dios que viendo sea para ellos como si no viese: es la imágen de la impiedad de los herejes, que suponen que la Iglesia no

¹ Isai. LIII, 3.

ve, no distingue los objetos, que enseña el error y condena la verdad: esta venda es tambien la imágen de la ceguedad del pecador, que voluntariamente se olvida de que Dios lo ve, y que obra como si Dios no lo viese, como si tuviese vendados los ojos para ofenderlo con mayor audacia y mas impunemente: finalmente, es la imágen de la necedad de un alma disipada, que voluntariamente se aparta de la presencia de Dios y de la atencion que le debe para abandonarse á pensamientos vanos é inútiles, para dejar correr su corazon detrás de los placeres frívolos, ó de movimientos, si no pecaminosos, á lo menos peligrosos y que alejan de Dios. Pero ¡oh insensatos! nosotros no quitamos á Dios el ser esencial, la infinidad, la viva luz que alumbra todos nuestros pasos y penetra todos los escondrijos de nuestro corazon. ¡Ah! la venda no la ponemos en los ojos de Dios sino sobre los nuestros: nos cegamos, nos endurecemos nosotros mismos, y de aquí procede aquella obstinacion incomprendible que hace que se vean pocos pecadores, pocas almas tibias, pocos herejes, pocos libertinos, pocos judíos convertirse, no obstante la luz que se les presenta, y los motivos con que se les solicita... ¡Oh divino Jesús! yo os suplico con todas las veras de mi corazon por aquella infinita paciencia con que habeis sufrido á los que os ponian aquella venda infame, y con la que me habeis sufrido á mí mismo; os suplico que quiteis la venda que está sobre mis ojos y sobre mi corazon, puesta allí por mí mismo: descubridme vuestra cara adorable: haced que contemple vuestros ojos divinos para conocer en ellos vuestra santa voluntad, para ver en ellos vuestro amor, y para temer la implacable cólera de que se encienden contra los que abusan hasta el fin del exceso de vuestra bondad.

PUNTO IV.

Hacen burla del nombre de Cristo.

Luego que hubieron cubierto el rostro de Jesús, y vendádole los ojos, se redoblaron los ultrajes aun con mas fuerza, con mayor furia y con mayor insolencia: se sucedian los unos á los otros para darle diferentes golpes, y cada uno de ellos le decia al retirarse... «Profetiza... Cristo, adivínanos quién es el que te ha herido...» Otros, segun el Profeta¹, le arrancaban la barba y los cabellos, teniendo los mismos discursos... San Lucas nos hace saber tambien que los Evangelistas guiados del Espíritu Santo no han escrito me-

¹ Isai. L, 6.

nudamente todo lo que se dijo y se hizo en todo el tiempo que duró una escena tan horrible, cuando añadió: «Y decian otras muchas cosas blasfemando contra él...» Es fácil suplirlas en la meditacion. Lo que los Evangelistas nos han dicho basta para conocer hasta qué exceso de insolencia y de ultraje llegaron contra Jesús, y hasta qué exceso de paciencia lo sufrió todo Jesús sin la mas mínima resistencia ó lamento. Pero no nos irriteemos de tal suerte contra los judíos, que nos olvidemos de que nosotros mismos somos los autores de estos ultrajes, pues Jesucristo ha padecido todas estas indignidades para expiar todas nuestras iniquidades, y librarnos de la confusion eterna que les era debida... Vos lo sabeis, ó Señor; Vos sabeis quién es el que os ha herido, quién es el que os da los golpes; Vos conocéis toda la malicia de su accion, toda la ingratitud de su corazon, y toda la perversidad de su alma. ¡Ay de mí! soy yo mismo, todas las veces que he pecado, todas las veces que me he retirado de vuestra divina presencia para ofenderos mas libremente, con mas frecuencia y de mas modos. Vos, Señor, podiais haber excusado estos ultrajes exterminándome: yo lo merecia, pero Vos no habeis querido. Habeis querido antes bien sufrirlo todo, y beber el cáliz hasta la hez para reconciliarme con vuestro Padre y salvarme. ¡Qué amor! ¿Y cómo os mostraré yo mi reconocimiento?

PUNTO V.

Modos de mostrar á Jesucristo nuestro reconocimiento por los ultrajes á que se ha expuesto por nosotros.

1.º *Con nuestro respeto...* En cualquiera parte que nosotros veamos escrito el nombre de Jesucristo, ó lo oigamos pronunciar, ó lo pronunciamos nosotros mismos, acostubrémonos á adorarlo profundamente, no solo porque este santo nombre es grande y adorable, sino tambien en memoria de los ultrajes que los judíos hicieron á nuestro divino Maestro en oprobio de este santo nombre. Practiquémoslo así á vista de las imágenes del Salvador y de su santa cruz; y sobre todo cuando estemos delante del santísimo Sacramento, esforzándonos con nuestro exterior respeto, y con la profunda humillacion de nuestra alma á reparar los ultrajes que ha recibido, de que nosotros hemos sido la causa, que hemos acaso renovado con nuestras irreverencias á este augusto misterio, y tantos malos cristianos no cesan de renovar cada dia.

2.º *Con nuestro amor,* pensando con qué exceso nos ha amado

Jesucristo cuando ha querido sujetarse á tantos ultrajes por solo librarnos con ellos. Porque supongamos que el soberano nos hiciese buscar para hacernos sufrir semejantes ultrajes, bien merecidos de nosotros, y que uno de nuestros criados se hubiese presentado por nosotros, haciendo creer á los que nos buscaban ser él, y que efectivamente hubiese padecido lo que nosotros mereciamos, y que en su consecuencia el soberano satisfecho, bien que sabedor del artificio, nos hubiese concedido la gracia y vuelto su amistad, ¿cuáles serian nuestros sentimientos en orden á este criado? ¿Lo amariamos? ¿Seria necesario decirnos que lo amáramos? ¿Y si no fuese uno de nuestros criados, sino uno de nuestros amigos? ¿Y si no fuese uno de nuestros iguales, sino un príncipe? ¿Y si fuese un príncipe á quien nosotros hubiésemos dado mil motivos de disgusto, á quien hubiésemos mostrado continuamente desprecio á su persona, ingratitud á sus beneficios, y resistencia á sus mandatos, á su voluntad y á sus órdenes las mas precisas? Pero ¿qué son todos esos personajes supuestos en comparacion de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro Maestro, nuestro Dios, Hijo único de Dios, el que por medio de tan profundas humillaciones sufridas únicamente por nosotros nos ha reconciliado con Dios su Padre, de quien habiamos merecido la justa, la terrible y la eterna venganza? ¡Ah! ¡qué llamas de amor no excitaria en nuestro corazon una tal consideracion si la hiciésemos con la debida atencion!

3.º *Con nuestra imitacion...* El Señor está bien léjos de ponernos á las pruebas á que ha puesto á su Hijo; si en ellas nos pusiese, mostraríamos muy bien nuestra cobardia en no sostenerlas con su ejemplo: pues á lo menos en las pequeñas pruebas en que nos pone no perdamos la ocasion de mostrarle nuestro reconocimiento, sufriendo con alegría, para tener alguna semejanza con él. Si acaso el nombre de cristiano ó de católico, si nuestro apego á Jesucristo, á la fe y á las obligaciones de la piedad y de nuestro estado nos fuesen ocasion de algunos motes, de algunos desprecios, de alguna palabra ofensiva é injuriosa, guardémonos de resentirnos por eso, y de abandonar la práctica del bien. Acordémonos de la paciencia de nuestro Maestro, imitémosla, y alegrémonos de tener aquella ocasion de imitarlo. ¡Ah! ¡qué gracias y consolaciones internas nos merecerian tales sentimientos! Practiquémoslo así en todos los lances en que tendríamos que sufrir alguna cosa por parte del prójimo. Pongamos fin á todas las quejas, á todos los sentimientos de venganza, á todos los resentimientos del corazon y á todas las repugnancias de la na-

turalza. Comparemos lo que nosotros tendremos que sufrir con lo que Jesucristo sufrió por nosotros, y nos avergonzaremos de encontrar aun en nosotros un residuo de oposicion y de resistencia.

Peticion y coloquio.

Concededme, ó Señor, la dicha y la felicidad de participar de vuestros oprobios, y de mirarlos como un tesoro mas estimable que todas las riquezas del mundo. Amen.

MEDITACION CCCXV.

CAIDA DE SAN PEDRO.

(Luc. xxii, 54-60; Matth. xxvi, 58, 69, 74; Joan. xviii, 15-18, 25-27; Marc. xiv, 54, 66, 72).

1.º Caída preparada por la presuncion; 2.º caída efectuada segun la prediccion.

PUNTO I.

Caída preparada por la presuncion.

La presuncion produce en nosotros cuatro defectos que anuncian una caída próxima é infalible; estos defectos son los siguientes:

1.º *La negligencia en tomar los medios necesarios para vencer la tentacion:* estos medios son la vigilancia y la oracion... Jesús habia advertido á sus Apóstoles, y principalmente á Pedro, de la necesidad de estos dos medios, y habia juntado á ellos su ejemplo: habia él mismo interrumpido dos veces su oracion para ir á advertir á Pedro que orase con él: Pedro tenia tanta mas necesidad de esto, cuanto se habia mostrado mas presuntuoso, porque habia llevado tan adelante la presuncion, que se prefirió á todos los otros, que no creyó cosa alguna de las que Jesucristo le dijo, ni puso atencion alguna á sus divinas palabras. Hé aquí la primera causa de nuestras caídas, omitir la oracion y la meditacion. ¿Y qué es lo que nos la hace omitir? Nuestra presuncion que nos ciega, y nos hace creer que podemos sostenernos sin este socorro. Cuando se huyeron los Apóstoles se dividieron: los unos se fueron por una parte, los otros por otra: los unos se refugiaron en la ciudad, y los otros corrieron hácia Betania. Pedro habia tomado al parecer este último partido, cuando algo reparado de su primer susto volvió atrás, y habiéndose acercado á Jesús, aunque no mucho por no ser visto de los soldados que lo llevaban, pero lo bastante para poder seguir el camino de su Maestro, «*lo seguia á lo lejos...*» ¡Ah! Pedro, ¿dónde vas? ¿No

te acuerdas que Jesús te ha dicho que por ahora no podias seguirlo, sino que lo seguirás despues, un dia ¹? ¿Por qué prevenir el tiempo? Es verdad que le has respondido que estabas pronto á dar por él la vida, á seguirlo á la prision y á la muerte; pero no se puede negar que el ardor de esta resolucion se ha resfriado ya mucho á la vista del peligro. Tu precaucion y la manera con que lo sigues no es de hombre dispuesto á dar su vida; no se sigue mucho tiempo á Jesucristo cuando se sigue solo *á lo lejos*. ¡Ah! anda, vé, y alcanza á tus compañeros, no busques una vana ostentacion de distinguirte de ellos, pues si te distingues será para tu confusion... Si un presuntuoso pudiese hacer alguna observacion sobre sí mismo, de la manera misma con que se presenta al peligro, conoceria que caminando á él va á su cierta ruina.

2.º *La curiosidad que quiere verlo todo hasta el fin...* No, no sigue ya Pedro á Jesús para morir, ya no se gloria de esta generosa resolucion. Pues ¿por qué lo sigue? *Para ver el fin.* ¿Cómo, Pedro, puedes tú ignorar el fin? Pues ¿qué necesidad hay de verlo? ¿No te ha dicho tu Maestro que seria crucificado y entregado á la muerte, que el tercer dia resucitaria, que volveria á su Padre, que de allí te enviaria el Espíritu Santo, y que volveria al fin de los siglos á juzgar los vivos y los muertos? ¿Qué mas quieres tú saber? ¡Oh fatal curiosidad, que nos hace olvidar las verdades mas importantes, las mas ciertas, y que Dios mismo nos ha revelado!... Jóven, tú quieres verlo todo, leerlo todo, tú quieres saber qué cosa es el mundo y sus placeres. ¡Ah! ¿por ventura no lo sabes tú? ¿no te lo enseña la Escritura? el mundo es enemigo de Dios, sus bienes son falsos, sus placeres pecaminosos: todo en él es pasion, tumulto, disgusto, remordimiento, desesperacion, y ordinariamente todo en él se termina con una imprudencia final, seguida de un suplicio eterno. ¿Es necesario acaso que tú lo veas para creerlo?

3.º *La obstinacion que vuelve inútiles todas las atenciones de la Providencia...* «Seguian á Jesús Simon Pedro y un otro discípulo, y «aquel discípulo era conocido del pontífice, y entró con Jesús en el «patio del pontífice; pero Pedro quedó fuera á la puerta, y salió «aquel otro discípulo que era conocido del pontífice, y habló á la «portera, é hizo entrar á Pedro...» Al entrar en la ciudad alcanzó á Pedro un otro discípulo que era conocido del pontífice: era acaso este uno de aquellos grandes de Jerusalem que creian sinceramente en Jesucristo, bien que no se manifestasen abiertamente. Es

¹ Joan. xiii, 36.